

ESCOLTA
Manila.

SINGER

CALLE REAL
Iloilo.

MAQUINAS PARA COSER

Garantía ilimitada.---Enseñanza gratis á domicilio.---Atenciones y reclamaciones gratis.

10 REALES SEMANALES.

EXPOSICION BARCELONA---1888---GRAN MEDALLA DE ORO (UNICA)

RON BACARDI

En competencia de las 17 marcas que se presentaron Extranjeras.

Unicos y exclusivos receptores en Filipinas J. CODINA Y C.a, venden al por mayor á \$8-50 cajas (con 5 al 10 por 100 descuento, segun pedidos) al por menor y por cajas en los Almacenes "Los Dos Hermanos", "Villa de Burdeos", "Ciudad de Palencia", "La Castellana" (Escolta y San Fernando), "El Progreso" y demás de alguna importancia.

68 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 69

El comediante no se hizo rogar. Se colocaron todos en círculo alrededor de la mesa y la armonía se restableció. Mr. Winkle era el único que parecía estar algo irritado. ¿Reconocería por causa aquel disgusto la sustracción temporal del traje? ¿Un accidente de tan poco valor podía suscitar el más pequeño sentimiento de cólera en el corazón de un pickwick? Lo ignoramos, pero salvo esta escepcion, el buen humor se había restablecido por completo y terminó la "soirée" como había comenzado, en medio de la más franca jovialidad.

CAPITULO IV.

Maniobras militares.--Amigos nuevos.--Una invitacion campestre.

Muchos autores sienten una ridícula é incomprendible repugnancia de revelar al lector el origen de su obra. Nosotros no pensamos de igual modo, y todos nuestros esfuerzos tenderán á cumplir lo mejor posible las obligaciones que nos impone nuestra condicion de editores. A pesar de la justa ambicion de gloria que sentimos, nuestro carácter, enemigo del engaño, nos obliga á contentarnos con la que corresponda á un arreglo juicioso y á una imparcial narracion. Los papeles del Pickwick-Club son un inmenso depósito de hechos importantes. Lo que nosotros hemos hecho ha sido distribuirlos con prudencia por el mundo entero, que deseaba ardientemente conocer á los Pickwicks.

Sentados estos principios, y como justifica-

72 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 65

cion de Mr. Tupman, les tenían en una situacion más molesta que agradable.

Al fin corrió entre la multitud ese murmullo de satisfaccion que anuncia la llegada de lo que se ha estado esperando por mucho tiempo. Todos los ojos se volvieron hácia el fuerte, y vieron á los batallones; unos tras otros, estenderse en la llanura con las banderas agitándose graciosamente en el aire, y las armas devolviendo en mil brillantes reflejos las caricias del sol. Las tropas hicieron alto y ocuparon posiciones. Los inarticulados gritos del comandante corrieron por toda la línea, y los soldados presentaron las armas con un "chis" "chas" general; el comandante en jefe, seguido del coronel Bulder y de un numeroso estado mayor, se puso á la cabeza de aquel ejército.

Las músicas de todos los regimientos comenzaron á tocar á un mismo tiempo; al ruido de estas, los caballos piafaron, ladraron los perros y la multitud gritó, loca de alegría. Cuando las tropas cumplieron la última orden de su jefe, quedaron estendidas en una larga fila, de suerte, que en cuanto abarcaba la vista, en todas direcciones, no se veían más que casaca roja y pantalones blancos.

Mr. Pickwick estaba tan absorto en el cuidado de librarse de las pisadas de los caballos que no tuvo tiempo para observar el espectáculo que se desarrollaba á su vista. Cuando pudo tenerse firme á una distancia suficiente para no temer un pisotón, las tropas tenían ya el inanimado aspecto que acabamos de describir, y su admiracion, su entusiasmo fueron inexpressables.

—¿Hay algo más hermoso, más admirable?— dijo á Mr. Winkle.

dudaba de la exactitud de sus afirmaciones.

El doctor pareció estar furioso y confundido al mismo tiempo, y Mr. Payne observaba con feo expresion la figura simpática de Mr. Pickwick.

—Caballero, ¿estuvo Vd. en el baile la noche última?—dijo de pronto el doctor á Mr. Tupman, con un tono tan seco que le produjo más impresion que si le hubieran dado un alfilerazo.

—Sí—contestó el "clubman" débilmente y sin dejar de mirar á Pickwick.

—¿Y este otro señor en su compañía?—continuó el doctor señalando al extranjero.

Mr. Tupman asintió á la pregunta.

—Ahora, caballero—dijo el doctor al extranjero—le pregunto una vez más, delante de estos "gentlemen," ¿quiere Vd. darme su tarjeta, y con ella la obligacion de que le trate como corresponde, ó quiere Vd. obligarme á que lo abofeteé en medio de la calle?

—Espere Vd.—interrompió Mr. Pickwick—Yo no puedo dejar pasar este asunto más adelante sin obtener algunas explicaciones. Tupman, cuente Vd. lo sucedido.

Mr. Tupman, obligado de este modo, refirió el hecho en pocas palabras, habló muy poco sobre la imprudencia de tomar el traje de su compañero, y se extendió largamente en la historia de lo ocurrido en el baile, se disculpó cuanto pudo, y dejó al extranjero el cuidado de salir de aquella situacion como pudiese. Este se disponía á hablar, cuando el teniente Tappleton que lo había estado examinando con gran curiosidad, le dijo con tono desdenoso:

—Yo he visto á Vd. en el teatro.

9

76 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 77

pesado y sin cadencia, un choque violento y una confusion de risas ahogadas.

M. Snodgrass y M. Winkle ejecutaron con gran presteza un giro obligado. Este último perdió el equilibrio y cayó por tierra, dándose tan tremendo golpe en la nariz, que se levantó echando sangre de un modo lamentable. Mister Snodgrass volvió la cara y observó que su venerable jefe iba corriendo tras su sombrero, el cual se alejaba cada vez más, caracoleando maliciosamente.

En pocas ocasiones necesita un hombre más destreza que cuando trata de dar caza á su propio sombrero. Es preciso tener grandes dosis de sangre fria y habilidad para atraparlos. Si se corre muy de prisa, se pasa por encima de él; si muy despacio, en el momento que se le cree tener seguro, se aleja rápidamente.

Hacia un venticillo fresco y el sombrero de M. Pickwick rodaba como si jugase con su dueño. M. Pickwick se sofocaba y el sombrero seguía rodando, y aun seguía si un obstáculo no le hubiese detenido en el momento que nuestro viajero se decidió á abandonarlo á su desgraciada suerte.

Mr. Pickwick, completamente fatigado, iba á abandonar su persecucion, cuando el sombrero que quedó sujeto por la rueda de un coche que estaba formando fila con otra docena de vehículos.

El filósofo, bendiciendo aquel obstáculo, se abalanzó al sombrero, se lo puso y se detuvo para tomar alientos. Haría próximamente medio minuto que estaba allí, cuando oyó una voz amiga que pronunciaba calorosamente su nombre; alzó los ojos y el espectáculo que se

presentó á su vista le llenó de sorpresa y satisfaccion.

En un coche descubierto cuyos caballos habían sido apartados á causa de la mucha gente, estaban de pie las personas siguientes: un viejo "gentleman", grueso y vigoroso, vestido con un leviton de paño azul y botones dorados y un pantalon de terciopelo del mismo color; dos señoritas adornadas por igual con cintas y plumas; un jóven, evidentemente ocioso de una de ellas; una dama, de edad bastante dudosa, y seguramente tia de las nombradas señoritas; y por último, Mr. Tupman, tan tranquilo, tan á su placer, que parecía formaba parte de aquella familia.

Detrás del coche había colgada una de esas cestas de enormes dimensiones, que despiertan siempre, en un espíritu contemplativo, ideas de aves asadas y de botellas de buen vino. Sobre el pescante del coche, en un estado de perfecta somnolencia, estaba sentado un muchacho grueso y colorado, que tenía trazas de ser el consumidor de los tesoros de la cesta.

Mr. Pickwick apenas tuvo tiempo para fijar la vista en aquellos interesantes objetos cuando fué llamado de nuevo por su fiel discípulo.

—Pickwick! Pickwick!—decía—suba Vd., suba Vd., corriendo.

—Venga Vd., caballero, venga Vd., se lo suplico—gritó el viejo "gentleman" José.—¿Qué diablo de muchacho! ¿Pues no se ha dormido! José, baja el estribo!

El incipiente cobero se deslizó lentamente al suelo, bajó el estribo y abrió la portezuela con ademanes perezosos. Mr. Snodgrass, y Winkle llegaban en aquel momento.

80 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA.

AVENTURAS DE PICKWICK. 73

—¡José! ¡José! ¡Pícaro muchacho, durmiendo todavía! Mr. Winkle, haga Vd. el favor de pellizcarle en las piernas; es el único medio de que despierte. Muchas gracias, José; trae la cesta.

El muchacho, á quien despertó efectivamente la compresion de un trozo de pantorrilla entre el pulgar y el índice de Mr. Winkle, se bajó de nuevo, y se puso á desatar y abrir la cesta de un modo tan expedito, que indicaba gran práctica en ello.

—Ahora es preciso sentarnos—dijo el viejo "gentleman." Después de muchos elogios sobre la exquisita sensibilidad de las damas; después de ruborizarse éstas, porque Mr. Tupman propuso que las señoras se sentaran sobre las rodillas de los caballeros, por falta de asientos; cada cual se colocó lo mejor que pudo, y el viejo "gentleman" empezó á hacer circular los objetos que su criado le iba dando.

—José, cuchillos y tenedores.

Los cuchillos y los tenedores aparecieron en seguida. Las damas y caballeros del interior y Mr. Winkle en el pescante, todos se armaron con aquellos indispensables utensilios.

—Asientos, José, asientos!

Los asientos fueron distribuidos de igual manera.

—Ahora, José, tráenos la gallina. Pícaro muchacho, se ha vuelto á dormir. ¡José, José! Varios bastonazos dados sobre la cabeza del durmiente, le sacaron al fin, de su letargo.

—Vamos, trae los comestibles.

Esta última palabra tenía algo de mágica para José, puesto que le despertó por completo. Se estremeció, y sus pechos se

—Nada—contestó este último, que durante un cuarto de hora había tenido un pilluelo subido en cada uno de sus piés.

—¡Sí!—exclamó Mr. Snodgrass, en cuyo cerebro brotó de pronto una llamada política—¡sí! es un noble y magnífico espectáculo el que presentan los valientes defensores de la patria desplegándose en brillantes alineaciones ante los ojos de los pacíficos ciudadanos. ¡Sus rostros respiran, no la ferocidad guerrera, sino el espíritu de la civilizacion; sus ojos brillan, no con el fuego salvaje de la rapia y de la venganza, sino con la dulce luz de la inteligencia y de la bondad!

Mr. Pickwick hizo suyos estos elogios en cuanto á la esencia, pero no en cuanto á la forma. En efecto, "la dulce luz de la inteligencia" brillaba tan débilmente, que los espectadores no veían más que muchos millares de bayonetas, completamente desprovistas de expresion alguna.

Mientras duraron estas digresiones, la multitud fué retirándose poco á poco, y nuestros viajeros se encontraron completamente solos en el sitio que ocupaban.

—Ahora sí que estamos bien—dijo Mr. Pickwick mirando á su alrededor.

—Perfectamente—contestaron á un mismo tiempo Winkle y Snodgrass.

—¿Qué hacen?—interrogó Mr. Pickwick poniéndose las gafas.

—Me.... me parece....—balbuceó Mr. Winkle cambiado de color—me parece que van á hacer fuego.

—¿Usted sueña?—exclamó Mr. Pickwick con precipitacion.

10

EL ARNÉS

FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES

DE
V. JIMENO

PROVEEDOR DEL REAL PALACIO DE MALACAÑANG

Recibimos mensualmente grandes surtidos en artículos, los cuales son de las principales fábricas de España, Inglaterra, Francia y Norte de América, en:

Guarniciones limonera y tronco á la española é inglesa, á la Dumont, Tander y Violin.
Monturas de señora en veludillo bordado, gamusa, pieles chanco y de cerdo.
Idem de caballeros; á la española, inglesa, rolos, royal, carreras, y con asiento de suspension con cojinete ventilado y movable, en pieles de chanco, ante y cerdo legitimo.
Idem con todo el equipo reglamentario para los Sres. Jefs y oficiales del ejército.
Grande y variado surtido en cabezadas de montar, españolas é inglesas, bocados jerezanos, estribos baqueros, serretas de montar y picadero, faroles carruaje, látigos de idem, montar, perreros y caza, cejaderos de cadena y cuero, falsos collares charot, sudaderos fieltro, collares, y bozales para perro, bocados de tiro y montar, estribos, petrales, martingalas, baticolas, acciones de estribo, cinchas, riendas estambre de montar y tiro en varios colores, cabezadas cuadra, bolsas para monturas propias para provincias, espuelas baqueras é inglesas, impermeables, corta pelos ó máquinas para esquila, cinturones, maletas y sacos de viaje, porta-mantas, sombrereras cuero, polaynas cepillos, almohazas, escobas para coches é infinidad de artículos pertenecientes al ramo los que se detallan á precios sin competencia en plaza.
En los talleres de la casa se construyen toda clase de encargos, con prontitud y esmero bajo la direccion de persona competente.
Grandes surtidos en artículos del país con cueros adobados en el establecimiento.

CARRIEDO 10.

EL MINDANAO
6-ESCOLTA-6.

REINA REGENTE!!!
Es la bebida mas sana para entonar el estomago.

A. M. PABALAN.

FOTOGRAFO PERTIERRA, CARRIEDO N.º 2.

66 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA

AVENTURAS DE PICKWICK 71

—Puede ser—contestó el extranjero sin dejarse intimidar.

—Es un cómico—replicó el teniente con desprecio; y volviéndose al doctor Slammer, añadió:—toma parte en la obra que los oficiales del 52 han hecho para representarla mañana en el teatro Rochester. No puede Vd. pasar más adelante, Slammer, es imposible.

—Completamente imposible—repitió el altivo doctor Payne.

—Siento mucho haberle puesto en tan desagradable situación—dijo el teniente Tappleton á Mr. Pickwick.—Pero permítame Vd. que le diga que el mejor medio de evitar escenas semejantes en lo sucesivo, es que ponga mucho cuidado en la elección de amigos. Servidor de usted, caballero.

Y dicho esto, el teniente se lanzó fuera de la habitación.

—Y permítame Vd. añadir—dijo el irascible doctor Payne, que si hubiera estado en lugar de Tappleton ó del doctor Slammer, lo hubiera desafiado á Vd. y á todos los presentes. Sí, señor, á todos los presentes. Payne es mi nombre, caballero, el doctor Payne, del 43.

Buenas tardes.
Cuando terminó este discurso, cuyas últimas palabras fueron dichas en voz alta, siguió majestuosamente las huellas de su amigo, y tras él salió inmediatamente el doctor Slammer, el cual no dijo nada, pero mostró su cólera en la despreciativa mirada que dirigió á todos los allí presentes.

Durante esta larga serie de provocaciones, un aturdimiento extremado, una rabia siempre creciente, fué inflamando el noble pecho de

hablando con él y dando órdenes á los sargentos, que siempre partían á galope. Hasta los soldados tenían en su aspecto algo de misterioso y solemne, que hacía comprender la naturaleza del espectáculo.

Mr. Pickwick y sus tres compañeros se colocaron en primera fila, esperando pacientemente el principio de las maniobras.

El gentío aumentaba constantemente, y los esfuerzos que se veían obligados á hacer para conservar sus puestos, les distrajeron las dos largas horas que tuvieron que esperar. Algunas veces los deseos de ver mejor que sentían los últimos que llegaban, se traducían en fuertes empujones, que hacían perder á mister Pickwick su gravedad, haciéndole avanzar con una ligereza poco conveniente. Otras los soldados obligaban á los espectadores á retroceder, para lo cual dejaban caer las culatas de los fusiles sobre los pies de nuestros amigos, para recordarle la consigna, ó apoyando las manos sobre el pecho de éstos, contestaban el empuje de los demás. En otra ocasión algun caballero de enorme volumen se colocaba junto á Mr. Snodgrass, reduciéndole á la más simple expresion, y haciéndole sufrir las mayores torturas, para luego increparle por lo mucho que apretaba.

Apenas Mr. Winkle acabó de manifestar la indignacion que le causaban aquellas reconvencciones inmotivadas, un individuo colocado tras él, le metió el sombrero hasta los ojos, suplicándole al mismo tiempo que hiciera el favor de guardarse la cabeza en el bolsillo. Estas torturas, unidas á la inquietud que les causaba la inexplicable y súbita desaparición

71 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA

ción de lo que hemos expuesto, diremos que los hechos que narramos en este capítulo y en el siguiente los hemos sacado del libro de memorias de Mr. Snodgrass, y los damos á conocer sin el más ligero comentario.

Al día siguiente todos los habitantes de Rochester y de los lugares vecinos se levantaron muy temprano y en un estado de excitacion extraordinaria; se trataba nada menos que de ir á presenciar unas grandes maniobras militares. Media docena de regimientos iban á ser revistados por la mirada de águila del comandante en jefe; se habían simulado varias fortalezas, é iban á demostrar los soldados su pericia militar en el ataque y defensa de ésta.

Como nuestros lectores habrán visto en las notas de Mr. Pickwick sobre la villa de Chatham, éste era admirador entusiasta de la milicia; así es que nada tenían de nuevo para él y para sus compañeros los atractivos de un simulacro de guerra; madrugaron mucho y se dirigieron al lugar señalado, el cual estaba ya completamente lleno de curiosos.

Todo anunciaba que la ceremonia iba á ser de una grandeza é importancia poco comunes. Había centinelas que conservaban completamente libre el terreno en el que cuidaban de las maniobras, y criados que cuidaban de que nadie ocupara los puestos destinados á las damas. El coronel Bulder, de gran uniforme, galopaba de un lado á otro, echando su caballo sobre los curiosos, haciéndole dar vueltas y hacer corchetes gritando de tal modo, que consiguió ponerse roco sin que nadie comprendiera la necesidad que tenía de hacer aquello. Los oficiales le rodeaban

AVENTURAS DE PICKWICK 67

Mr. Pickwick hasta el punto de hacer saltar los botones de su chaleco. Se quedó petrificado con la vista fija en el sitio que había ocupado el doctor Payne, hasta que el ruido que produjo la puerta al cerrarse le volvió al sentimiento de la realidad.

Entonces, con la indignacion pintada en el rostro y echando chispas por los ojos, se dirigió á aquella. Puso la mano en el picaporte. Un momento despues se habia colgado al cuello del doctor Payne, del 43; si Mr. Snodgrass no se hubiera apresurado á sujetarle por un faldon de la levita.

—Winkle, Tupman,—gritaba al mismo tiempo, con el acento de la desesperacion—¡deténganle ustedes! No debe exponer su preciosa vida por un asunto tan baladí.

—Déjenme Vds.—dijo Mr. Pickwick.—Sujetadle con fuerza—volvió á gritar Snodgrass, y por los esfuerzos de todos reunidos, Mr. Pickwick fué extendido en un sillón.

—Un vaso de "grog"—dijo el extranjero del traje verde—señor valiente.

—Beba Vd., que esto es lo mejor del mundo. Hablando de esta suerte, el extranjero llenó un vaso y lo acercó á los divinos labios del ilustre filósofo; éste lo vació de un solo trago. Hubo una corta pausa; el "grog" empezó á hacer su efecto, el rostro de Mr. Pickwick volvió á tomar rápidamente su apariencia pacífica, y mientras tanto el extranjero le decía:

—No merecen que se enfade Vd.

—Tiene usted razon, caballero—replicó mister Pickwick.—No lo merecen. Me avergüenzo de haberme sofocado tanto... Acerque usted su silla.

74 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA

AVENTURAS DE PICKWICK 79

—Creo... creo que tiene razon—observó Snodgrass alarmado.

—¡Imposible!—repitió Mr. Pickwick, pero apenas hizo esta afirmacion, los seis regimientos, moviéndose como un solo hombre y haciendo blanco de nuestros desgraciados Pickwick hicieron la más tremenda descarga que jamás atronó el espacio.

En esta critica situacion, expuesto á un fuego constante de cartuchos llenos solamente de pólvora, preparados así para aquellas operaciones, y con la circunstancia agravante de que otro nuevo batallon acababa de estenderse á espaldas de nuestros "clubmen," Mr. Pickwick no perdió su admirable sangre fría. Cogiendo á Mr. Winkle por un brazo, y colocándose entre él y Snodgrass, les hizo ver en el acto, que salvo quedarse sordos por el ruido, no podían temer ningun otro peligro.

—Pero... pero...—dijo Mr. Winkle paliándose—¿no pueden tirar con bala los soldados por equivocacion? Hace un momento me ha parecido oír un sibido agudo junto á mi oido.

—¿No haríamos mejor echándonos al suelo?—preguntó Mr. Snodgrass.

—No, no, todo ha concluido ya—contestó Pickwick.—Y al decir esto, sus labios temblaron ligeramente y sus mejillas perdieron algo su color, pero ni una sola palabra que indicara miedo ó inquietud salió de los labios de aquel hombre inmortal.

Mr. Pickwick no se equivocó, el tiroto había terminado. Pero no tuvo tiempo para felicitarle de la exactitud de su hipótesis, cuando observó en toda la linea un movimiento

á mi amigo Mr. Trundle. Y ahora que ya nos conocemos todos, soy de opinion que cada cual se coloque lo mejor que pueda, y satisfaga el deseo que le ha traído aquí, de ver las maniobras.

Despues de expresarse en esta forma, se puso los anteojos; mientras tanto Mr. Pickwick sacaba su telescopio, y todos se pusieron de pié en el coche, para observar mejor las evoluciones militares.

Las maniobras eran dignas de admiracion. Las compañías se cruzaban unas con otras de un modo sorprendente; formaban cuadros con una rapidéz pasmosa, subían y bajaban de igual modo, tomaban barricadas; y todo lo habían demostrando una bravura sin ejemplo. En las baterías, los artilleros cubrían con gruesos tacos las horrosas bocas de los cañones, y hacían tantas operaciones para cargarlas y tanto ruido al prenderles fuego, que todas las descargas impresionaban á las damas, de tal modo, que les hacía lanzar lastimeros gritos. En el coche las jóvenes miss Wardle se asustaron tanto que Mr. Trundle se vió obligado á sostener á una, mientras que Mr. Snodgrass reanimaba á la otra; los nervios de miss Rachel Wardle se excitaron de tal modo, que mister Tupman creyó indispensable rodearle con su brazo el tallo para impedir que se cayera. Todos sufrieron una prodigiosa exaltacion, excepto el grueso y mofletudo lacayo, que siguió durmiendo, "arrullado" por el estampido del cañon.

Cuando se rindió la ciudadela sirvieron de comer á los sitiadores y sitiados, entonces el viejo "gentleman" gritó:

75 BIBLIOTECA DE LA OCEANIA ESPAÑOLA

AVENTURAS DE PICKWICK 75

—Hay sitio para todos, caballeros—continuó el propietario del coche. Dos dentro y uno fuera. José, haz sitio para uno de estos señores. Ahora, vamos arriba.

Y el viejo "gentleman," estendiendo los brazos, metió á viva fuerza en el coche, primero á mister Pickwick y luego á Mr. Snodgrass. Mr. Winkle se colocó en el pescante; el muchacho "chiquillo" se puso junto á él, y reanudó su interrumpido sueño instantáneamente.

—Me alegro mucho haberles encontrado—prosiguió el "gentleman."—Conozco á los tres, aunque es fácil que Vds. no me recuerden. El invierno pasado iba casi todas las noches al club de Vds. Esta mañana he encontrado á mi amigo Mr. Tupman, causándose este encuentro una grata sorpresa. ¿Cómo está Vd., ilustre filósofo?

Mr. Pickwick, á quien fueron dirigidas estas últimas palabras, devolvió el cumplido y dió un vigoroso apretón de manos al viejo "gentleman."

—¿Y Vd. está bueno?—continuó este mirando á Mr. Snodgrass cariñosamente.—A las mi maravillas ¿no es verdad? ¡Ah! ¡Tanto mejor! ¿Y usted, Mr. Winkle? ¡Bien! ¿eh? Mis hijas, caballeros. Mi hermana Rachel Wardle: una señorita aunque no lo parezca. ¿No es cierto, señores, no es cierto?—añadió riendo de un modo estrepitoso, y apoyándose alegremente en mister Pickwick.

—¡Por Dios, hermano...—dijo miss Wardle con tono de súplica.

—Verdad, verdad—replicó el viejo—nadie podría negarlo, caballeros; presento á ustedes

rápido. Resonó la voz del comandante, y antes de que nuestros viajeros pudieran formar la más pequeña conjetura sobre aquella nueva maniobra, los seis regimientos á la vez, comenzaron á dar una carga á la boyoneta hácia el lugar en que Mr. Pickwick y sus compañeros estaban estacionados.

Todo hombre es mortal, y el valor humano tiene sus límites. Durante un momento mister Pickwick miró á través de los cristales de sus anteojos aquella masa compacta que avanzaba; despues dió media vuelta y emprendió... no diremos la "huida", primeramente, porque es una frase deshonrosa, y en segundo lugar, por no ofender aquella ilustre personalidad. Empezó una carrera tan veloz como le permitían sus cortas piernas y su pesado cuerpo; tan veloz como tarde se había apercebido de lo crítico de su situacion.

El nuevo regimiento, cuya aparicion por detrás había inquietado á Mr. Pickwick algunos momentos antes, se había desplegado en batalla para resistir el fuerte ataque de los ficticios sitiadores de la ciudadela; de suerte que los tres amigos se encontraban encerrados entre dos largas murallas de bayonetas, la una avanzando rápidamente, la otra esperando con firmeza el formidable choque.

—¡Ehl! ¡ehl!—gritaron los oficiales de la columna, que se aproximaba.

—¡Fuera de ahí!—repitieron los de la columna estacionada.

—¿Por dónde podemos salir?—gritaron los Pickwick cada vez más turbados.

—¡Ehl! ¡ehl! fué la única respuesta que obtuvieron; despues un extravío inaudito, un ruido